

FUERA DE LÍMITES

¿Quién le teme al psicoanálisis? Notas sobre la filosofía de Butler frente a la fantasía de restauración conservadora

María Inés La Greca

CONICET - Universidad Nacional de Tres de Febrero

Es doctora y licenciada en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, donde enseña “Filosofía de la historia” (Facultad de Filosofía y Letras). En UNTREF es profesora adjunta de “Epistemología del género”, coordinadora de la Red Interdisciplinaria de Estudios de Género y del Programa de Estudios Interdisciplinarios de Género (CIEA-UNTREF) y directora de proyectos de investigación en Estudios de Género y Teoría Feminista. Aquí tiene también su lugar de trabajo como investigadora asistente de CONICET.

Contacto: mlagreca@untref.edu.ar

En su último libro, *Who is Afraid of Gender* (2024), Judith Butler asume una tarea urgente: la de mapear la articulación global del movimiento antigénero y preguntarse por qué hoy es posible que “género” funcione como un concepto-chivo expiatorio eficiente para ganar elecciones y debates públicos, dar marcha atrás con legislaciones y políticas públicas que garantizaban la ampliación de derechos a mujeres y personas LGTBTTQ+, e incluso fundamentar la prohibición de que se enseñe e investigue estudios de género, teoría feminista, queer y trans en las universidades. Butler utilizará el arsenal teórico, retórico y político que su trayectoria le aporta y, en particular, responderá a la pregunta central de su texto usando nociones que toma del psicoanálisis.

Butler afirma que, aunque el rechazo de los sectores conservadores a la supuesta “ideología de género” se interpreta como un backlash contra los movimientos progresistas, en realidad el deseo que los mueve es mayor: es el de la restauración de un “sueño-orden” patriarcal donde:

- 1) el padre es el padre
- 2) una identidad sexuada nunca cambia
- 3) las mujeres, consideradas como “nacidas hembras al nacer” retornan a sus posiciones naturales y “morales” al interior del hogar
- 4) la gente blanca posee supremacía racial incuestionada (14-15)¹

Ahora bien, Butler sostiene que este proyecto de restauración es altamente frágil porque el orden patriarcal con el que sueñan en realidad nunca existió en la forma en que lo quieren reinstalar. En otras palabras, el pasado que desean recrear es un deseo, una fantasía. Quienes se suman al movimiento antigénero estarían uniéndose a un sueño colectivo que les promete terminar con la ansiedad y el miedo que viven. Para Butler, esta vivencia está relacionada con una época amenazada por la destrucción del medio ambiente, la violencia y la guerra, la expansión del poder de policía y la intensificación de la precariedad económica. Frente a inestabilidades y angustias reales, se propone al género como responsable y, por tanto, deshacer el mundo en el que las reivindicaciones de género se instalaron (entendiendo aquí tanto los derechos de mujeres y personas LGTBTTQ+, los activismos que lucharon por estos avances y los campos de saber-académicos que los han acompañado: teoría feminista y queer, tanto como estudios antirracistas) sería la manera de retornar a ese orden prometedor de un pasado ideal fantasiado. Justamente por eso Butler advierte que el proyecto que moviliza a los sectores antigénero es en realidad un proyecto autoritario más amplio.

Este ensayo no tiene como fin reconstruir el argumento de Butler en su nuevo libro: por suerte, hay una clara intención pedagógico-interlocutora en su prosa por la cual se trata de un texto que todos pueden leer y comprender. Mi intención aquí, en cambio, es presentar brevemente algunos aspectos de la apropiación ecléctica que Butler hace del psicoanálisis en su obra. Me mueve el interés por echar luz sobre un aspecto de la evolución de su pensamiento que noto que no ha sido tan estudiado como su famosa teoría de la performatividad del género. Pero más que lo anterior, me interesa plantear una idea sencilla pero poderosa de Butler, idea que resulta de su combinación creativa del marco foucauleano-postestructuralista que caracteriza a su obra con su apelación crítica al psicoanálisis: que nuestra vida psíquica está impregnada de vida social y que, por tanto, nuestro inconsciente es el paradójico aspecto de nuestro ser por el cual es posible tanto la sujeción a las normas sociales como la

¹ Excepto se indique lo contrario, todas las traducciones del inglés son mías.

resistencia a ellas. Otra formulación de esta misma idea: que en tanto seres sexuales nuestra posibilidad de actuar consiste en una posibilidad improvisacional dentro de un campo de constricciones (Butler 2004a, 15).

En *Contingency, Hegemony, Universality*, Butler, Laclau y Žižek (2000) debaten sobre teoría psicoanalítica y teoría política posicionados desde la izquierda radical. Más allá de la especificidad de ese debate -se trata de un libro con una gran complejidad para no-expertes en la obra de Freud y Lacan- encontré ahí una clara formulación de la idea que Butler reiterará y reelaborará una y otra vez a lo largo de su obra. Allí sostiene que las normas sociales se viven variablemente en la realidad psíquica:

El inconsciente no es una realidad psíquica purificada de contenido social, (...) sino que es también una condición psíquica en desarrollo (*an ongoing psychic condition*) en la cual las normas son registradas en maneras normalizantes y no-normalizantes, es el lugar de su fortalecimiento, pero también de su deshacerse y su perversión, de una trayectoria impredecible de apropiación. (153)

Estas caracterizaciones: “condición psíquica en desarrollo”, “trayectoria impredecible de apropiación”, “posibilidad improvisacional” hablan del intento de Butler por señalarnos políticamente los límites y las posibilidades de nuestra condición de sujetos plenamente históricos: no por ser el “efecto” o el “producto” de una secuencia de acontecimientos lineales que desde un origen a hoy han “determinado” quiénes o cómo somos, sino porque la naturaleza de nuestra condición “humana” es la contingencia. Ser contingentes no implica solamente haber sido constituidos por una serie de azares que nos han arrojado aquí y ahora. Es más fuerte la tesis: ser contingentes significa que estamos siempre expuestos a la transformación, al cambio, a dejar de ser como somos, dejar de pensar y de actuar como pensamos y actuamos. Quiénes y cómo somos nunca está decidido, cerrado y clausurado realmente. Somos seres temporales y la naturaleza del tiempo es el devenir -sin un origen fundante ni un destino fijado. Sin embargo, la vida social nos aparece primeramente como fija, como instituida, como “natural”. Y con ella, el rol/lugar/identidad que se nos asigna y/o con el cual nos identificamos. El esfuerzo de Butler por combinar su mirada foucaultiana con la lente psicoanalítica es el intento por dar cuenta de esta paradoja del ser sujetos: sujetados a las normas que hacen a la vida social en la que nos criamos, a la vez que subjetivados por ella. Aquí la clave es entender que esas normas que nos hacen también son contingentes: también están expuestas al cambio, al desplazamiento, a caer, como a reestablecerse de nuevos modos. Allí se encuentra también la clave de pensarnos con la gran enseñanza de Foucault sobre la función generadora, productiva del poder. Con esto en mente es que Butler sostiene que “el psicoanálisis no puede conducir un análisis de la realidad psíquica que presume la autonomía de esa esfera a menos que esté dispuesto a naturalizar las formas de poder social que producen el efecto de esa autonomía” (2000, 154). En otras palabras, el psicoanálisis necesita postestructuralismo para no reforzar la apariencia de naturaleza de las formas de poder al describir cómo es nuestra vida psíquica.

El psicoanálisis como una teoría feminista frustrada

Butler no inventó la relación creativa y tensa entre feminismo y psicoanálisis: se trata de un ida y vuelta que no ha sido sencillo. El psicoanálisis fue visto tanto como un adversario para la crítica feminista como un aliado. En mi opinión, el proyecto de Butler se inscribió en la línea de pensadoras feministas que vieron en él, como Gayle Rubin ya lo decía en 1975, una teoría feminista frustrada: porque mapeaba

sofisticadamente el proceso de generización binaria (en “nenes” o “nenas”, sin tercera opción y destinados a la heterosexualidad) de los infantes bisexuales y perversos polimorfos pero se quedaba solo en la descripción y no denunciaba (como lo hará el feminismo) la opresión que era parte de ese supuesto desarrollo psíquico “normal” para las niñas y para los niños no-heterosexuales.²

Butler revisa y complejiza su concepción del género formulada en *Gender Trouble* (1990) en sus siguientes textos, *Bodies that Matter* (1993), *The Psychic Life of Power* (1995) y *Undoing Gender* (2004a) planteando su adopción de aspectos de la concepción freudiana y lacaniana y rechazando otros. Por motivos de extensión no puedo dar cuenta de la totalidad de ese diálogo y apropiación crítica. Me gustaría presentar al menos un punto clave, en relación con la reflexión sobre el género que es el intento de Butler por reconfigurar foucaultianamente la teoría psicoanalítica.

Butler se pregunta: ¿es el psicoanálisis una investigación antifundacionista que afirma la clase de complejidad sexual que efectivamente des-regula los códigos sexuales rígidos y jerárquicos, o mantiene un conjunto de supuestos no reconocidos sobre los fundamentos de la identidad que funcionan a favor de esas mismas jerarquías? (1990, xxxiii) La respuesta parece depender de la interpretación del status del tabú del incesto y el Edipo. Aquí es importante ya adelantar una diferencia irreconciliable que Butler tendrá con el psicoanálisis freudiano-lacaniano: en su mirada, el tabú del incesto que estructura el relato edípico presupone, ocultándolo, un tabú previo: el tabú contra la homosexualidad (cuestión que ya Rubin había señalado). En este sentido, tanto en su reflexión sobre el género como luego en su teorización del sujeto, Butler insistirá en la crítica a la universalidad, necesidad o trascendentalidad del proceso edípico pero particularmente en que la presuposición del deseo como heterosexual es normativizante, reforzador de la matriz heterosexual.

Volviendo a la pregunta que se realiza, como señala Leticia Sabsay (2012), por un lado, Butler asume junto con Freud y el psicoanálisis que los mecanismos de sujeción a través de los cuales el sujeto se constituye operan necesariamente a nivel de la dimensión psíquica; y, por otro lado, toma de Freud la idea de que reflexionar sobre el “yo” del sujeto implica entenderlo como la proyección de una superficie corpórea, i.e., atendiendo a la dimensión constitutivamente corporal del yo (150).

Siguiendo a Sabsay, la crítica de Butler a los supuestos básicos del tabú del incesto en el relato lacaniano sobreviene:

cuando la «ley del lenguaje» que escinde a todos los sujetos por igual se conjuga con la «ley del parentesco», la ley de la diferencia sexual, que distingue la posición asumida frente al intercambio simbólico entre dos posiciones originarias, supuestamente opuestas y complementarias, las de ser hombre o ser mujer. Mientras «la ley del lenguaje que marca la entrada en el orden de lo simbólico castraría a todos los sujetos por igual —a partir de la entrada en el orden del significante, en definitiva, nadie podría acceder al falo, el significante del poder—; la ley de la diferencia sexual inaugura una bifurcación fundacional que da lugar a las posiciones femenina y masculina (...) — lo que en Lacan se traduce en

² Cito a Rubin: “El rechazo de Freud por los movimientos de mujeres y homosexuales tiene raíces más profundas en el rechazo de sus propios descubrimientos por parte del psicoanálisis. En ninguna parte están mejor documentados los efectos sobre las mujeres de los sistemas sociales dominados por los hombres que en la literatura clínica (...) La teoría de la adquisición del género pudo haber sido la base de una crítica de los papeles sexuales, pero en cambio las implicaciones radicales de la teoría de Freud fueron radicalmente reprimidas (...) el psicoanálisis contiene un conjunto de conceptos que es único para la comprensión de los hombres, las mujeres y la sexualidad. Es una teoría de la sexualidad en la sociedad humana. Y lo más importante, el psicoanálisis ofrece una descripción de los mecanismos por los cuales los sexos son divididos y deformados, y de cómo los niños andróginos y bisexuales, son transformados en niños y niñas” (1986 [1975], 118-119).

una economía fálica donde «la mujer» será definida como aquello que se identifica con la posición de «ser el falo», mientras que aquello que se identifica con la posición de «poseer el falo» será investido como el lugar de lo masculino. (155-156)

Concluye Sabsay, entonces, que la cuestión fundamental que impugnará Butler es el esquema estructuralista tanto de Levi-Strauss como el de Lacan con respecto al incesto en tanto trascendentaliza la diferencia sexual.

Apelando a sus recursos postestructuralistas (la teoría del poder de Foucault y la iterabilidad del signo lingüístico de Derrida), Butler focaliza su crítica en el estatuto de lo simbólico como condición de posibilidad del orden cultural. En *Bodies that Matter* (2003), Butler afirma que, si hubiera una dimensión “normativa” de su obra “consiste precisamente en contribuir a una resignificación radical del dominio simbólico, en desviar la cadena de citas hacia un futuro que tenga más posibilidades de expandir el significado mismo de lo que en el mundo cuenta como un cuerpo valuado o valorable” (xxix).

Butler destaca que la diferencia sexual en Lacan es estrictamente una posición simbólica: cualquier cuerpo podría ocupar cualquiera de las posiciones. Rubin ya había señalado este potencial feminista de la mirada lacaniana al desbiologizar a Freud. En este sentido, Lacan no naturaliza la diferencia sexual porque es una posición arbitraria en tanto que efecto de la mediación simbólica. Pero, cito a Sabsay (2012):

el problema consiste en que esta arbitrariedad de la diferencia sexual, en tanto simbólica y no imaginaria o social, es leída dentro del lacanianismo como universal y necesaria también. Dicho de otro modo, si bien el paradigma lacaniano niega la naturalidad de la diferencia de sexos, y subraya al contrario la radical arbitrariedad de la sexuación, le niega a esa arbitrariedad humana su carácter contingente y vuelve a colocarla en el orden de la necesidad (...) La polémica con el psicoanálisis lacaniano gira en torno de la contingencia o no de esta arbitrariedad.” (158-159)

Sabsay continúa:

Concebida como una “arbitrariedad necesaria”, la diferencia sexual se convierte entonces en un concepto trascendental, y es efectivamente este universalismo trascendental de la noción psicoanalítica de diferencia sexual el que, además de conservar los supuestos homofóbicos del planteamiento freudiano, binariza el género. Evidentemente, no hay ningún fundamento sustantivo y ontológico del que pueda derivarse la existencia necesaria de solos dos opciones de sexuación posibles como tampoco que estas sean concebidas como mutuamente excluyentes. (159)

Esto conduce a comprender que “Es solo dentro de la matriz heterosexual que la interdicción del incesto supondrá normativamente la oposición cruzada entre la identificación (con un género) y el deseo (del género opuesto al género con el que nos hemos identificado ...) (160).³ Nuevamente: el tabú del incesto, tal como lo había señalado Rubin, presupone un tabú previo contra la

³ La cita culmina: “y por tanto unas pérdidas que habrán de repudiarse como tales y que darán lugar, de este modo, a la construcción melancólica del género” (Sabsay 2012, 160). Lamentablemente, no puedo desarrollar este tema aquí. Butler lo trabaja en *Gender Trouble* y *The Psychic Life of Power*.

homosexualidad. En palabras de Butler (2003): “Para poder reformular lo simbólico como capaz de esta clase de resignificación, será necesario concebir lo simbólico como una temporalizada regulación de la significación, y no como una estructura casi permanente” (xxix). Es decir, en el modo de un dispositivo foucaultiano.

Justamente, Butler explica que reconcebir lo simbólico desde el punto de vista de la dinámica temporal del discurso regulador, por una parte, tomará muy seriamente el desafío lacaniano a las versiones anglonorteamericanas del género, para considerar la categoría de “sexo” como una norma lingüística –y no un dato anatómico o biológico-, pero reformulará esa normatividad en términos foucaultianos como “ideal regulativo.” (Ibid.) Por otra parte, Butler se nutre de las versiones anglonorteamericanas del género por lo cual su proyecto intenta “desafiar la estasis estructural de la norma heterosexualizante dentro del enfoque psicoanalítico, sin descartar por ello lo que es claramente valioso de las perspectivas psicoanalíticas. En realidad, el “sexo” es un ideal regulatorio, una materialización forzosa y diferenciada de los cuerpos que producirá lo que resta, lo exterior, lo que podría llamarse su “inconsciente.” (Ibid).⁴ En este sentido, Butler se opone al enfoque propuesto por Foucault de la hipótesis represiva como una mera instancia de poder jurídico porque considera que no aborda las formas en que opera la “represión” como una modalidad del poder productivo. Más aún, Butler apuesta a la posibilidad de someter al psicoanálisis a una redescrición foucaultiana, “aun cuando el propio Foucault negara esa posibilidad” (Ibid.) Butler acepta “como punto de partida la noción de Foucault de que el poder regulador produce a los sujetos que controla, de que el poder no sólo se impone externamente, sino que funciona como medio regulador y normativo por el cual se forman los sujetos. Es por esta razón que su retorno al psicoanálisis “está guiado por la pregunta sobre cómo ciertas normas reguladoras forman un sujeto “sexuado” en términos que hacen indistinguible la formación psíquica de la formación corporal.” Y añade: “mientras algunas perspectivas psicoanalíticas sitúan la constitución del “sexo” en un momento del desarrollo o como un efecto de una estructura simbólica casi permanente, yo entiendo este efecto constituyente del poder regulador es reiterado y reiterable.”⁵

Leer la estructura simbólica como un poder regulador y reiterable implica la contingencia misma de ese poder y sus efectos no controlables. Pero reteniendo del psicoanálisis el elemento de lo inconsciente contra Foucault, Butler pretende comprender:

cómo aquello que fue forcluido o desterrado de la esfera propiamente dicha del “sexo” – esfera que se asegura mediante un imperativo heterosexualizante- podría producirse a la vez como un retorno perturbador, no solo como una disputa *imaginaria* que produce una falla en el funcionamiento de la ley inevitable, sino también como una disrupción habilitante, la ocasión para la radical rearticulación del horizonte simbólico en el cual los cuerpos importan. (xxx)

⁴ Butler añade que esta insistencia en que todo movimiento formativo necesita instituir sus exclusiones da particular importancia a las figuras psicoanalíticas de la represión y la forclusión. Lx lectorx podrá ahondar en el modo en que Butler utiliza estas nociones en *Bodies that Matter*.

⁵ A esta comprensión del poder como producción obligada y reiterativa es esencial agregar la idea de que el poder funciona mediante la forclusión de efectos, la producción de un “exterior”, un ámbito inhabitable e ininteligible que limita el ámbito de los efectos inteligibles. Nuevamente, no me extendo sobre esta cuestión que puede leerse en *Bodies that Matter* con mayor detalle.

De este modo, como señala Sabsay, Butler no niega la eficacia del poder para generizarnos y sexualizarnos a nivel psíquico, sino que más bien la confirma:

Precisamente porque las interpelaciones de las que hemos sido objeto en nuestra entrada en la cultura se registran más allá de la conciencia es por lo que no podemos elegir racionalmente el género con el que vamos a identificarnos –sea este normativo o no, sea este más o menos ambivalente o no-, así como tampoco podemos controlar nuestras preferencias sexuales ni nuestras formas de desear. (160)

De este modo, la noción de género performativo comparte con la teoría cultural del género el señalamiento del carácter contingente de la generización. Pero se distancia de esa teoría al compartir Butler, con el psicoanálisis, la introducción de la dimensión psíquica, que traspasa la conciencia del “yo” y es constitutiva de la subjetividad, en la elaboración del género y de la sexualidad (161). Butler lee la diferencia sexual no solo como arbitraria sino también como contingente, rechazando el binarismo de Lacan. La diferencia sexual en Butler, dice Sabsay, se relativiza como un espacio de sexualización indeterminado y múltiple que funciona a nivel psíquico.

Aunque no puedo desarrollar completamente esto, quiero señalar que es en *The Psychic Life of Power* (1995) donde Butler intenta pensar la teoría del poder junto a la teoría de la psique preguntándose cuál es la forma psíquica que adquiere el poder.⁶ Allí señala, justamente, que estamos acostumbrados a pensar el poder como aquello que presiona sobre el sujeto desde afuera, lo subordina y esto es cierto como parte de lo que el poder hace. Pero, si siguiendo a Foucault, entendemos el poder como formando al sujeto también, como otorgando la condición misma de su existencia y la trayectoria de su deseo, entonces “el poder no es solo aquello a lo que nos oponemos sino también, en un sentido fuerte, aquello de lo que dependemos para nuestra existencia y lo que albergamos y preservamos en los seres que somos” (2). De este modo, Butler entiende la sujeción como “esta dependencia fundamental de un discurso que nunca elegimos pero que, paradójicamente, inicia y sostiene nuestra agencia” (Ibid.).

Esta paradoja del sujeto, donde la “sujeción” significa el proceso de ser subordinados por el poder tanto como el proceso de devenir un sujeto es una cuestión central para Butler. Cree que Foucault identifica esta ambivalencia pero no elabora los mecanismos específicos de cómo el sujeto es formado en la sujeción. No solo el dominio completo de la psique queda sin elaborar en su teoría, sino que además queda sin explorar esta doble valencia subordinante y productiva del poder. Por eso, Butler considera que hay que indagar la forma psíquica que adquiere el poder dado que la sumisión es condición de la subjetivación.

⁶ Butler distingue entre la psiquis y el sujeto, del siguiente modo: la dimensión psíquica incluye el inconsciente, mientras que el sujeto se forma de modo condicionado por la exclusión del inconsciente. Sostiene que la psiquis es “lo que resiste la regularización que Foucault adscribe a los discursos normalizadores.” Por tanto, propone una crítica psicoanalítica de Foucault sosteniendo que no podemos dar cuenta de la subjetivación sin recurrir a la concepción psicoanalítica de los efectos formativos o generativos de la restricción o prohibición.

Más aún, la formación del sujeto no puede ser pensada plenamente –si alguna vez puede serlo- sin recurrir a una serie de constricciones fundantes paradójicamente habilitantes. Y sin embargo, Butler quiere evitar caer en nociones románticas del inconsciente definido como una resistencia necesaria –acá es donde Foucault deja de ser criticado y se vuelve instrumento para la crítica, una reemergencia de la perspectiva foucaultiana al interior del psicoanálisis. La cuestión de si hay un psicoanálisis reprimido en Foucault puede formularse de un modo más preciso como el problema de localizar o dar cuenta de la resistencia.

El sujeto foucaultiano nunca está plenamente constituido en la sujeción: es constituido en la sujeción repetidamente, y es en la posibilidad de una repetición que reitera contra su origen como puede entenderse que extrae inadvertidamente su poder habilitante. Desde un punto de vista psicoanalítico, dice Butler, podríamos preguntar si esta posibilidad de resistencia a un poder constituyente o subjetivante puede ser derivada de lo que está “en” o es “de” el discurso, no solo el dominio de lo decible, sino también la producción de un afuera constitutivo: lo indecible o ininteligible.⁷

Entender el poder como no pudiendo controlar sus efectos y la psiquis como el “lugar” de resistencia, Butler apuesta a que ese modo diferente e imprevisible de incorporar las normas sociales sea la oportunidad para debilitar la matriz heterosexual y permitir vidas más vivibles. A esto llamó “performatividad” de género.

Butler itera: Años 2000 y ética

Habrà un cambio en la mirada teórica de Butler a partir de sus reflexiones políticas y éticas del año 2001 en adelante. Probablemente, como María Luisa Femenías ha sostenido, el atentado del 11 de septiembre en suelo norteamericano haya sido un evento bisagra en su obra. El cambio en realidad será una iteración, la reiteración con diferencia de lo que venía sosteniendo en su obra previa motivada ahora -en mi opinión- por la necesidad de responder al uso que se empezó a dar a la terrible herida en las vidas de sus compatriotas y en su sensación de seguridad: mientras la administración de Bush aprobaba la Patriot Act para restringir las libertades individuales, habilitar mayor vigilancia de los ciudadanos y justificar la invasión a Irak como la respuesta-lucha contra el terrorismo, Butler denuncia esta estrategia y se propone interpelar el efecto conmovedor de la violencia en los norteamericanos presentándoles el dolor como la posibilidad de registrar la precariedad de la vida y el modo diferencial en que se habilita o reprime qué muertes vale la pena duelar, y cuáles no. Esto puede leerse en *Precarious Lives* (2004b) y en *Frames of War* (2009) y se notará allí el giro ético-político de Butler que abre el foco de las cuestiones de género y sexualidad a cuestiones de la esfera pública y la distribución desigual de “humanidad” en general.

El gesto ético ya era parte de su trabajo de los noventa sobre el género, pero ahora se observa una apertura de la interpelación desde el feminismo hacia la teoría social en general, y los debates públicos norteamericanos post-2001 en particular. Butler misma da cuenta de esta continuidad entre la preocupación por la performatividad del género y la precariedad/precaridad en *Notes Toward...* Lo que me interesa subrayar aquí es otro momento de esta iteración que atañe específicamente al valor central que tiene su texto *Giving an Account of Oneself* de 2005.

Como ya señalé en trabajos previos (La Greca, 2024), este libro, junto a *Notes Toward a Performative Theory of Assembly* (2015) y, específicamente, la introducción a *Senses of the Subject* (2015) nos presentan la formulación más clara de la teoría de formación del sujeto de Butler. Es en *Giving...* donde la iteración se hace explícita. Butler sigue reelaborando explícitamente en este texto su mirada ética sobre

⁷ Sigue Butler, desde una perspectiva lacaniana, una podría cuestionar si los efectos de la psique puede decirse que son abarcados (exhausted) en lo que puede ser significado o si no hay, sobre y contra este cuerpo significante, un dominio de la psique que desafía la legibilidad. Si, de acuerdo al psicoanálisis, el sujeto no es lo mismo que la psique de la que emerge y si, para Foucault, el sujeto no es lo mismo que el cuerpo del cual emerge, entonces quizás el cuerpo ha llegado a sustituir la psique en Foucault —como aquello que excede y confunde las injunciones de la normalización. Es este un puro y simple cuerpo, o “el cuerpo” ha venido a ocupar el lugar (come to stand for) de una cierta operación de la psique, una que es distintivamente diferente, si no directamente opuesta, al alma figurada como un efecto de la prisión? Quizás Foucault mismo ha otorgado al cuerpo un significado psíquico que no pudo elaborar en sus propios términos.

la subjetividad a partir del cruce de postestructuralismo y psicoanálisis. Pero hay una decisión de realizar dos relevos teóricos: respecto de la primera, Butler se alejará de su mirada más nietzscheana en los textos de los noventa y abrazará en cambio la obra de Emanuel Levinas como filósofo de la ética, la relacionalidad primaria y la precariedad. Este desplazamiento de Nietzsche es solidario con el abandono de cierta mirada sobre la escena punitiva de inauguración del sujeto y el rol de la agresividad en la emergencia de la conciencia reflexiva. Ahora bien, no puedo evitar preguntarme si este cambio no tiene que ver también con el protagonismo que asume desde aquí el lenguaje de “las normas”, frente al lenguaje “del poder” en sus textos de los dos mil. Arrojaría la hipótesis de que el interés de Butler por contrarrestar los discursos bélicos y las metáforas de violencia que se fomentaron a partir del atentado del 9/11 es parte de una búsqueda de una retórica menos nietzscheana, más ligada a connotaciones de humildad, dependencia y solidaridad.

Es que en *Giving...*, Butler formula la pregunta ética de si postular una noción de sujeto que no está auto-fundado, de cuyas condiciones de emergencia nunca se puede dar cuenta completamente, implica socavar la posibilidad de responsabilidad. En este aspecto es donde postestructuralismo y psicoanálisis coinciden: no podemos dar cuenta de las condiciones que nos subjetivaron (La Greca 2019, 2024) Esta ha sido también una recurrente objeción que ha recibido el postestructuralismo: la lectura inadecuada o simplificadora de que nos arroja a un mundo sin libertad ni responsabilidad porque somos “meros efectos” del discurso. Sin embargo, Butler responde que sostener una noción de sujeto opaco, una teoría de la formación del sujeto que reconoce los límites del autoconocimiento, puede habilitar una reflexión ética prometedora en tanto entendemos esa opacidad como relacionalidad. Si el sujeto no es cognoscible completamente para sí mismo, no por eso tiene licencia para hacer lo que quiera o ignorar sus obligaciones para con los demás. Porque la opacidad del sujeto puede ser concebida en virtud de su ser relacional, en virtud de las relaciones tempranas y primarias que lo constituyen pero que no están disponibles al conocimiento consciente. Entonces la opacidad parece ser parte de nuestra formación, de nuestro estatus como seres que son formados en relaciones de dependencia y este reconocimiento puede abrir el camino a una reflexión ética basada en la aceptación de los límites del propio conocimiento y en el abandono de la demanda a sí mismo y a los otros de una cerrada y definida auto-identidad.

Permítanme decirlo ahora mismo: es esta demanda imposible de cumplir, la de ser-tener una auto-identidad, una mismidad cerrada, definida, fija, la que funciona como parte de la interpelación que el movimiento anti-género logra tener hoy en muchas personas. La promesa de que la seguridad, el orden y, con ellos, la prosperidad “perdida” retornarán si se reubica a todas las personas en posiciones de género y sexualidad básicas, “dadas” -mujer y hombre, hembra y macho “naturales” – es la que sostiene al género como chivo expiatorio: solo si sacrificamos esos saberes, prácticas y seres “desordenados” y “desordenantes” podremos reordenar la vida económica y social.

Volviendo a *Giving...*, aquí, el pensamiento foucaultiano y el psicoanálisis siguen siendo las claves para pensar al sujeto pero ahora en relación con la ética y con lo que Butler llama “la escena de la interlocución”, con las siguientes modificaciones: Foucault ya no será tanto el genealogista del poder como el filósofo de la estilística de sí, la reflexividad y la relación crítica con las normas de los ochenta (justamente, Butler presenta esto como “cambio” en Foucault mismo respecto de sus escritos de los setenta). Respecto del psicoanálisis, Lacan será desplazado por Jean Laplanche. Para Laplanche, el límite para una completa articulación del sí mismo surge no porque la barra lacaniana forcluye el retorno al goce primario, sino por las impresiones abrumadoras y enigmáticas hechas por el mundo adulto sobre el infante. No habría un otro con mayúscula en algún sentido simbólico, sino solamente

los distintos otros que constituyen los adultos cuidadores en el mundo de una niña (La Greca 2024). Más aún, esto le sirve a la polémica que Butler conserva respecto de la reificación de la heterosexualidad en el complejo de Edipo: contra esto, Butler resalta lecturas de Laplanche donde no habría ninguna razón para asumir que esos cuidadores deben estar organizados edípicamente como “padre” y “madre” (2005, 142-143). Aunque no es una reflexión sobre el género, sino sobre la formación del sujeto, Butler sigue interesada por pensar una alternativa al relato edípico. Pero no se trata de un ejercicio retórico, imaginario o experimento mental. La postulación de esa alternativa se sostiene en las familias y parentescos concretos y reales que ya existen y que no se ajustan a las expectativas de familiar nuclear heterosexual: pero siguen siendo relegados a la marginación o invisibilización. Por eso “cuidadores primarios” atiende desde el psicoanálisis de modo más exacto y justo a las escenas de inauguración de los sujetos que “padre” y “madre”.

Conclusión: Improvisar la resistencia

Hasta aquí, quise mostrar cómo Butler se apropia de sus recursos teóricos torciéndolos contradiisciplinariamente por momentos para producir un pensamiento propio: apostando a pensar el poder en términos psíquicos, conjuga contraintuitivamente a Foucault con el psicoanálisis, así como no teme cambiar su perspectiva como lo hace a partir del 2001, desplazando su mirada más nietzscheana por el Levinas filósofo de la ética y la precariedad o dándole al Foucault de la ética de sí mismo protagonismo frente al Foucault genealogista del poder.

Para concluir, me gustaría retomar unas líneas de Butler frente a quienes rechazan -quienes le temen a- el psicoanálisis, sosteniendo que es contraproducente concebir el sí mismo como opaco. Butler entiende que esto implicaría afirmar que no se puede sobrevivir con el inconsciente porque nos amenazaría con una ininteligibilidad insostenible. Y responde:

En el lenguaje que articula la oposición a un inicio no narrativizable (de una misma) reside el miedo de que la ausencia de una voluntad narrativa signifique una cierta amenaza, una amenaza a la vida, y que implique el riesgo, si no la certeza, de una cierta clase de muerte, la muerte de un sujeto que no puede nunca recuperar completamente las condiciones de su propia emergencia. Pero esta muerte, si es una muerte, es solo la muerte de una cierta clase de sujeto, uno que para empezar nunca fue posible, la muerte de una fantasía de control imposible, y por tanto, la pérdida de lo que nunca tuvimos. En otras palabras, un necesario duelo. (2005, 65)

Ese es el duelo del que socialmente se huye una y otra vez. Y aunque no sea ni la parte más relevante, ni la clave de toda estrategia política, es el fantasma de ese sujeto imposible el que el movimiento anti-género reinstala como el único Padre que podrá salvarnos. La fantasía de control imposible, lo que nunca tuvimos. No solo sobre quiénes son los demás -justamente, ir contra la “ideología de género” no es otra cosa que ir contra saberes y prácticas que desde los activismos y la teoría han intentado abrir las posibilidades de género, de deseo sexual, de formas de amar y armar parentescos. No solo se trata de decirle a los demás “cómo deben ser”, “cuál es su naturaleza” -negación total de la autonomía corporal y la libertad política de los otros. Se trata de decirse a sí mismos -a través de lo que se intenta imponer a los otros como únicas normas sexo-genéricas válidas- que están en control total de quiénes

son, de qué desean, de qué lazos armar, sostener y validar y cuáles, rechazar -incluso si son sus propias hijes gay, lesbianas, trans, no binaries al canto de Con MIS hijos no te metas.⁸ Nosotres podemos recuperar el sentido positivo en que somos una posibilidad improvisacional aún cuando otras (o incluso nosotres mismas, por momentos) intentemos fijarnos en una definición unívoca y cerrada de quienes fuimos, somos o seremos. Entonces cabe preguntarnos: ¿qué improvisaciones podrán surgir en el campo de constricciones de un mundo que se articula sádica y peligrosamente contra el género y, con ello, contra la existencia misma de mujeres y personas LGTBTTQ+? Esta misma pregunta se hace Butler en su último libro. Veremos qué respuesta damos en la práctica. Pero lo que queda claro es que la posibilidad de resistencia existe.

⁸ Véase <http://conmishijosnotemetas.com.ar/#!/-inicio/>

Bibliografía

- Butler, J. (1990) *Gender Trouble, Feminism and the Subversion of Identity*, New York & London, Routledge
- (1993) *Bodies that Matter. On the Discursive Limits of “Sex”*, New York & London, Routledge
- (1997) *The Psychic Life of Power. Theories in Subjection*, Stanford, Stanford University Press
- (2004a) *Undoing Gender*, New York & London, Routledge
- (2004b) *Precarious Lives. The Power of Mourning and Violence*, London and New York, Verso.
- (2009) *Frames of War. When is life Grievable?*, London and New York, Verso.
- (2005) *Giving an Account of Oneself*, New York, Fordham University Press
- (2015) *Notes Toward a Performative Theory of Assembly*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press
- (2015) *Senses of the Subject*, New York, Fordham University Press
- (2024) *Who is Afraid of Gender?*
- Butler, J., Laclau, E. and Žižek, S. (2000) *Contingency, Hegemony, Universality. Contemporary Dialogues on the Left* London, New York: Verso.
- La Greca, M. I. (2019) “Experimentar lo impredecible: Judith Butler en el conurbano”, en Mariano López Seoane editor, *Los mil pequeños sexos*. Intervenciones críticas sobre políticas de género y sexualidades, EDUNTREF, Sáenz Peña, pp 57-69.
- (2024) “With or Against Hayden White: Reflections on Theory of History and Subject Formation”, *History and Theory* 63, no. 1, 25–44.
- Rubin, G. (1986 [1975]) “El tráfico de mujeres: Notas sobre la ‘economía política’ del sexo”, *Revista Nueva Antropología*, Trad. de Stella Mastrangelo, Noviembre, Vol. VIII, N° 30, pp. 95-145 (Texto original: (1975) “The Traffic of Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex”, en Reiter, Rayna (org.), *Toward an Anthropology of Women*, Nueva York, Monthly Review Press)
- Sabsay, L. (2012) “De sujetos performativo, psicoanálisis y visiones constructivistas” en Soley-Beltrán, P. y Sabsay, L., *Judith Butler en disputa. Lecturas sobre la performatividad*. Barcelona, Madrid. Egales, 135-165.